

El rico y Lázaro

La parábola del rico y Lázaro compara la vida de dos hombres, uno rico y otro pobre. Como observaremos, la comparación se extiende más allá de esta vida y abarca también la otra. Veamos cómo describe Jesús al hombre rico.

Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino y hacía cada día banquete con esplendidez. (Lucas 16:19)

En esta breve descripción inicial no se nos dice mucho, pero los oyentes originales habrían sacado algunas conclusiones bastante claras. El hombre no solo es acaudalado, sino que hace alarde de sus riquezas con la ropa que se pone. Se viste todos los días con prendas de color púrpura, algo que solo se podían permitir los muy adinerados. El proceso de extraer el tinte púrpura de un molusco llamado murex requería mucho trabajo manual, por lo cual la tela de color púrpura era muy costosa. La realeza y las personas de alto rango se vestían de púrpura.



Además se viste de lino fino. El vocablo griego traducido como «lino fino» se refiere a un lino delicado, suave, blanco y muy caro. Llevar prendas de lino blanco bajo una túnica de color púrpura era señal de gran opulencia. Por si fuera poco, celebra espléndidos



banquetes todos los días, lo cual puede significar que tiene invitados a diario o con frecuencia; eso también requería muchos recursos. Lo que se pretende resaltar, tanto aquí como más adelante en la parábola, es que el hombre es muy rico y se permite muchos excesos.

Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquel, lleno de llagas, y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas (Lucas 16:20-21)

Lázaro es tan pobre que se ve obligado a mendigar comida. Además está enfermo, cubierto de úlceras supurantes, y no puede caminar. O bien tiene las piernas paralizadas, o está tan débil y enfermo que le resulta imposible andar. Lázaro depende de que otros lo lleven a diario a la puerta del hombre acaudalado, donde mendiga y donde espera conseguir la comida que cae de la mesa del rico.

En las fiestas, los comensales partían pedazos de pan que luego empleaban para tomar la comida del plato común. En el curso del banquete, cuando querían limpiarse las manos rompían un trocito de pan, se limpiaban con él y seguidamente lo tiraban debajo de la mesa. Esa era la comida que Lázaro esperaba conseguir.

Cada día Lázaro se sienta a la puerta del hombre rico, sabiendo que allí se celebran banquetes a diario y que podría saciar su hambre si le dieran algo de la comida que tiran al piso. Él ansía esa comida, pero se queda sin ella, porque no se la dan; o si le dan algo de vez en cuando, no es suficiente para mitigar



su hambre. Los perros vienen y lamen sus llagas purulentas. Lázaro era ritualmente impuro por el hecho de tener esas llagas y ser lamido por los perros.

Lázaro se encuentra en un estado deplorable: incapaz de caminar, cubierto de úlceras, siempre hambriento, completamente dependiente de que lo lleven de un sitio a otro, y mendigando día tras día a la puerta de la casa del hombre rico, que por lo visto no le presta ninguna atención. Es un marginado de la sociedad, ritualmente impuro.

La parábola continúa:

Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. (Lucas 16:22)

Estar en el seno de Abraham —o al lado de Abraham, como dicen algunas traducciones— indica un estado de bienaventuranza después de la muerte, comparable a comer con los patriarcas, expresión que aparece en Mateo 8:11:

Les digo que muchos vendrán de Oriente y de Occidente, y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob, en el Reino de los Cielos

Lázaro, que nunca fue invitado a los banquetes que celebraba el rico, que ansiaba saciarse con lo que caía de la mesa de este, ahora está participando en un banquete en el sitio de honor, al lado de Abraham, el padre de la fe.



Entretanto, el hombre adinerado corre una suerte bien distinta.

Y murió también el rico, y fue sepultado. En el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. Entonces, gritando, dijo: «Padre Abraham, ten misericordia de mí y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama». (Lucas 16:22-24)

El hombre rico, cuyo nombre no se nos ha dicho, ha fallecido y ha sido enterrado, sin duda con un costoso funeral. Sin embargo, su vida ahora es muy distinta de la que tuvo en la Tierra. Él que daba banquetes a diario, en los que se servía abundante comida y vino, es quien ahora está necesitado y depende de la ayuda que le puedan prestar.

Llama, pues, a Abraham, poniendo cuidado en tratarlo de «padre», quizá con la esperanza de que ese recordatorio de que tiene linaje judío haga que Abraham se sienta obligado a ayudarlo.

En este punto de la parábola nos llevamos la sorpresa de que el rico conoce el nombre de Lázaro. Por lo visto era muy consciente de la existencia de Lázaro, que se sentaba cada día delante de su casa en extrema indigencia. Pero no manifiesta el menor pesar por haber desatendido a Lázaro, sino que le ordena a Abraham que envíe a Lázaro a prestarle un servicio.





Kenneth Bailey describe bien la situación con estas palabras:

La primera exigencia del rico es increíble. Cuando Lázaro estaba sufriendo, no le hizo ningún caso. Ahora que es él quien sufre, hay que remediar la situación, ¡de inmediato! A fin de cuentas, él no está acostumbrado a eso. En vez de disculparse, exige servicios, ¡y de la mismísima persona a la que se negó a ayudar a pesar de tener grandes riquezas! Ni siquiera le daba una parte de su comida para perros. Es como si dijera: «Ahora que Lázaro se siente mejor y puede caminar, me gustaría que me prestara unos servicios. Teniendo en cuenta quién soy yo, y que él es de la clase servil, es lógico que así sea. Mándalo aquí abajo, Abraham, y rapidito. A diferencia de Lázaro, ¡yo no estoy habituado a soportar incomodidades!»

No hay la menor señal de arrepentimiento, ni pide perdón; continúa con su actitud engreída, preocupado solo por sí mismo.

Pero Abraham le dijo: «Hijo, acuérdate de que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro, males; pero ahora este es consolado aquí, y tú atormentado». (Lucas 16:25)

Abraham no le responde con dureza, sino que lo llama «hijo». Luego le dice que piense en la vida que llevó y en todo lo bueno que recibió, a diferencia de las desgracias que sufrió Lázaro. Abraham le recuerda que lo que poseyó no era verdaderamente suyo, sino que Dios se lo

había prestado para que lo empleara sabiamente. Terminada su vida terrenal, el rico está sufriendo por causa de sus actos en esa vida.

A continuación Abraham dice:

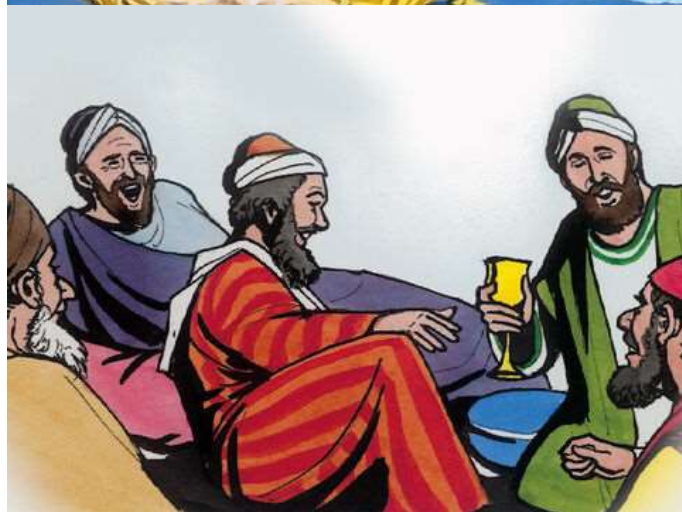
«Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quieran pasar de aquí a vosotros no pueden, ni de allá pasar acá». (Lucas 16:26)

Seguidamente al rico se le ocurre otro servicio que puede prestar Lázaro.

Entonces le dijo: «Te ruego, pues, padre, que lo envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento». (Lucas 16:27-28)

Entendiendo que su triste situación no va a cambiar, el rico pide que le encarguen a Lázaro la misión de advertir a sus hermanos. Se da cuenta de que a ellos les aguarda el mismo destino, muy probablemente porque viven de la misma manera que él, buscando su propio placer y sin preocuparse por los necesitados.

Abraham le dijo: «A Moisés y a los Profetas tienen; ¡que los oigan a ellos!». (Lucas 16:29)



Abraham explica que cuentan con los cinco libros de Moisés, conocidos como la Torá, y también con los libros de los profetas, llamados en hebreo los Nevi'im. Abraham dice que las Escrituras, la Palabra escrita de Dios, son



suficientes para enseñar a sus hermanos a vivir de forma justa e instruirlos en la fe. Si oyen esas palabras, es decir, si las obedecen y hacen caso de ellas, no acabarán como su difunto hermano.

Esa respuesta no es del agrado del hombre rico. Está acostumbrado a que los demás hagan lo que él manda, así que se pone a discutir.

Él entonces dijo: «No, padre Abraham; pero si alguno de los muertos va a ellos, se arrepentirán» (Lucas 16:30)

Eso resulta irónico, teniendo en cuenta que el rico en ese momento está viendo a «alguno de los muertos» —Lázaro, que está a la mesa con Abraham—, y no ha manifestado la menor señal de arrepentimiento. No obstante, está convencido de que sus hermanos se arrepentirán si Lázaro se les aparece. Abraham le informa que no es así.

Pero Abraham le dijo: «Si no oyen a Moisés y a los Profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos». (Lucas 16:31)



Aunque no lo dice explícitamente —porque las parábolas no contienen muchos detalles ni datos históricos—, es posible que el hombre rico y sus hermanos fueran saduceos. Los saduceos eran la aristocracia israelita; muchos eran muy adinerados.

Los saduceos no creían que la vida continuara después de la muerte. No tenían ninguna expectativa de que hubiera vida más allá; por lo tanto, un hombre que fuera próspero y feliz, que muriera en paz y que fuera sepultado honrosamente ya tenía todo lo que cabía esperar. En cambio, la parábola de Jesús muestra que ese no es el caso. El hombre rico, en contra de las creencias de los saduceos, se encuentra con que sí hay vida más allá de la tumba y se da cuenta de que los actos realizados a lo largo de nuestra vida terrenal inciden en la vida que tendremos después de la muerte.

Sean o no saduceos los hermanos, lo que está claro es que el hombre rico sabe que no se conducen con arreglo a lo que enseña la Palabra de Dios y que van a terminar en el mismo estado que él si no se les da una señal. Pero Abraham dice que no se les va a dar ninguna, pues ya cuentan con la Palabra de Dios, que es suficiente. La Torá, las Escrituras, bastan para saber lo que dice Dios sobre cómo llevar una vida recta y cómo tratar a los pobres.

Entonces, ¿qué enseñó Jesús con esta parábola?

Nuestra manera de vivir influirá en nuestro futuro eterno. Nuestras acciones y omisiones afectan no solo nuestra vida actual, sino nuestra vida para siempre. Debemos tener cuidado con las decisiones que tomamos, con nuestra forma de vivir, con el uso que hacemos del dinero y de los bienes materiales, y con nuestra manera de tratar a los necesitados. La suma de nuestras decisiones y acciones no solo determina nuestro presente, sino que también incide en nuestro futuro en el más allá.



www.freekidstories.org